

IRENE M. ADLER

SHERLOCK, LUPIN Y YO

EL ENIGMA DEL HOMBRE
DEL SOMBRERO DE COPA



DESTINO

IRENE M. ADLER

EL ENIGMA

DEL

HOMBRE

DEL

SOMBRERO

DE

COPIA

DESTINO

Todos los nombres, personajes y detalles relacionados con este libro, copyright de Atlantyca Dreamfarm s.r.l., son propiedad exclusiva de Atlantyca S.p.A tanto en su versión original como las traducciones o adaptaciones de los mismos. Todos los derechos reservados.

Título original: *L'enigma dell'uomo con il cilindro*

© de la traducción: Miguel García, 2019

DESTINO INFANTIL & JUVENIL, 2019

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta S. A.

© 2017 Atlantyca S.p.A., Italia

© 2019 de la edición en lengua española: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Publicado mediante acuerdo con Book on a Tree Ltd.

Texto de Pierdomenico Baccalario, Alessandro Gatti y Lucia Vaccarino.

Ilustraciones de Iacopo Bruno

Edición original publicada por Edizioni Piemme, S.p.A

Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A., via Leopardi 8 – 20123 Milán, Italia –

foreignrights@atlantyca.it / www.atlantyca.com

Primera edición: octubre de 2019

ISBN: 978-84-08-21533-2

Depósito legal: B. 17.098-2019

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. Para más información contactar a Atlantyca S.p.A. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



ÍNDICE



1. Días sin luz	5
2. Los cuentos de monsieur Lupin	17
3. Un nuevo destino	31
4. La inesperada importancia de las abejas	45
5. Papel en blanco	57
6. El llorado tío Athanasius	69
7. La fórmula de la locura	81
8. Una punzada en el corazón	93
9. La hora de la venganza.	107
10. Una jugada imprevista.	125
11. Un viaje a Darmstadt	137



12. Un viejo zarista	151
13. Igual que en otros tiempos	165
14. En la más profunda oscuridad	173
15. El hombre del sombrero de copa	183
16. Cuestiones de corazón, asuntos de familia	191
17. Un ballet de fantasmas	203

DÍAS
SIN
LUZ



Verdaderamente, nuestra memoria funciona de una manera extraña. Hay recuerdos que se hunden en los abismos para siempre y, por mucho que te esfuerces en evocarlos, jamás volverán a la superficie. Y hay otros, en cambio, que son hasta demasiado vívidos y solo esperan un momento de distracción para sorprendernos con la guardia baja y agredirnos con su carga de remordimiento y tristeza.

Sherlock Holmes me dijo una vez que la memoria es un enorme archivo polvoriento, una especie de laberinto formado por estanterías y ficheros, con miles y miles de cajones




cerrados. No obstante, según decía, con método y disciplina es posible hallar los cajones que contienen detalles lejanos y datos aparentemente insignificantes.

«Todo es cuestión de control: los recuerdos nos pertenecen y siempre podemos hallarlos cuando lo deseamos», me explicó aquel día.

Siempre he pensado que Sherlock era un genio, pero que en esto no tenía en cuenta un aspecto fundamental. La idea de control es ilusoria. Hay momentos en que el torbellino de los acontecimientos convierte en un caos nuestro ordenado archivo. Y de repente todos los cajones se abren sin nuestro permiso y los recuerdos alzan el vuelo en un tropel de sensaciones, olores, sabores, imágenes, pensamientos, dudas...

En este verano de 1940, mientras me bebo a sorbitos un café endulzado en la bonita terraza de la casa que he alquilado en Capri, los vientos de guerra arrecian y arrollan incluso el archivo de mis recuerdos, sacudiéndolo desde los cimientos. En estos momentos, incluso mi arrendataria deja de lanzarme sus habituales ojeadas recelosas y me trae un pastelito de almendras o una rebanada de pan con mermelada de limón. Yo le doy las gracias, sabiendo que no entiende ni una pala-



bra de lo que le digo, y ella me responde en su lengua, tan incomprensible para mí como la mía para ella.

Esta clase de sencillos y aromáticos consuelos abre, me guste o no, los cajones que contienen ciertos recuerdos. Y entonces nos vuelvo a ver a todos juntos: conmigo están Sherlock Holmes, Arsène Lupin y, obviamente, Irene, mi madre. Nosotros cuatro en Briony Lodge tomándonos el té que nos ha servido Billy Gutsby, nuestro incomparable mayordomo. Como una estrambótica familia más o menos feliz. Nos veo a nosotros cuatro viajando por el mundo para tratar de resolver un nuevo caso misterioso.


Un día, Lupin me confesó que todo lo que había vivido junto a Sherlock e Irene cuando eran jóvenes había sido, a su juicio, el modo en que el destino quería prepararlos para los desafíos que estarían aguardándolos cincuenta años después. Los desafíos que deberían afrontar conmigo a partir de aquel maldito viaje a Danzig.

Todavía hoy, cuando han pasado tantos años, me sucede que veo el rostro de mi hermana Asia en sus últimos instantes de vida. Veo su cabello, pegado a la frente como tallitos de paja, y sus ojos, en otro tiempo luminosos y fieros, desenca-



gados frente al vacío. Veo la llave y el papelito misterioso que ella había protegido a costa de su propia vida. Y veo su sonrisa, la última que me regaló, porque estaba segura de que yo me encargaría de enmendar las injusticias e impedir nuevas tragedias. Porque pronto ocurriría algo capaz de cambiar para siempre el mundo entero, abriendo la puerta a horrores inimaginables. Habíamos quedado atrapados en la malla de la historia, como me había explicado Arsène aquel lejano día, y los únicos que podían alterar el curso de los acontecimientos éramos precisamente nosotros.

Briony Lodge, la gran casa en Serpentine Avenue a la que nos habíamos trasladado hacía unas semanas, estaba como siempre sumida en el silencio. Había demasiadas cosas no dichas que flotaban sobre nosotros como fantasmas, acolchando el ambiente y haciendo que todos nos moviéramos con sigilo para no arriesgarnos a cruzarnos con los otros y vernos obligados a intercambiar alguna frase de cortesía. Tras un primer momento en el que había intentado dejar todo atrás, haciendo las paces con Irene y convenciendo a Sherlock para que se



quedara con nosotros, el peso de la muerte de Asia había vuelto a atormentarme, envolviéndome como un tétrico manto que me aislaba del resto del mundo.

Con su pérdida, yo había perdido mi pasado. ¿Quién era realmente? ¿Cuál era mi destino? Yo, que no tenía ni trece años y había sido separada para siempre de una familia de la que nunca debería hablar. Yo, que había nacido en Gátchina, en Rusia, hija secreta del zar Nicolás II, el cual me había permitido vivir en su residencia campestre y recibir una buena educación a condición de que nunca apareciera ante él ni ante el resto de la familia real. Yo, que había tenido, aunque por breve tiempo, a una hermana que había descubierto mi existencia y me había querido incondicionalmente: Anastasia Nikolaevna Romanova. Asia, mi *sestra*.

Durante la revolución, la familia real había sido masacrada por los insurgentes. Mi padre y mis hermanastros habían muerto todos. Todos salvo ella. E Irene, que me había adoptado cuando mi padre me había mandado a Estados Unidos ayudado por su fidelísimo amigo el Conde G., había recibido el encargo de salvarla de los enemigos que todavía le daban caza.



Pero no lo había conseguido.

Ni siquiera con la ayuda de Sherlock Holmes y Arsène Lupin.

Nosotros seguíamos con vida, a salvo en Inglaterra, tomando té con pastas, protegidos por los muros de aquella casa londinense y por una red de conocidos que nos habían sacado de apuros en más de una ocasión. Pero Anastasia no existía ya. Para mí, que había crecido con los mitos de la indómita espía Irene Adler, el genial detective Sherlock Holmes y el incapturable caballero ladrón Arsène Lupin, había sido como ver desvanecerse todos mis sueños infantiles. Había creído que eran invencibles, que ninguna proeza era demasiado difícil para ellos, pero estaba equivocada, y aquella simple constatación estaba cavando un profundo agujero en mi alma.

—Señorita Adler, el desayuno está listo y los señores la esperan en el salón —dijo Billy Gatsby apareciendo con una sonrisa deslumbrante en la puerta de la biblioteca, la habitación de la casa en que yo prefería pasar mis días, desde que me levantaba por la mañana hasta tarde por la noche, sumergida en historias que pudieran ayudarme a olvidar al menos durante unas horas lo que había ocurrido.



—Gracias, Billy, pero preferiría quedarme aquí. ¿Puedes disculparme con mi madre y nuestros huéspedes? —respondí sin levantar los ojos de una desquiciada pero divertida historia de piratas.

Billy carraspeó, evidentemente cohibido. Aquel chico irlandés, pocos años mayor que yo, parecía capaz de afrontar cualquier cosa sin perder su vivaracha irreverencia a excepción de algo: la tristeza. Tal vez fuera tan despreocupado por naturaleza que ni siquiera podía concebirla y la contemplaba como un sentimiento ajeno, que no formaba parte de él. O tal vez aquella misma sonrisa suya fuera un modo de mantenerla a raya y, cuando la reconocía, se veía en dificultades. Billy se pasó una mano torpe por el flequillo ondulado que le enmarcaba la frente y giró sobre sus talones sin añadir palabra. Lo oí alejarse por el pasillo, pero, cuando iba a sumergirme de nuevo en la lectura, en la casa sonó otro repiqueteo de pisadas. Resoplé con un gesto de impaciencia.


—No te pido mucho, Mila, pero al menos podrías unirme a nosotros para el desayuno. No puedes saltarte las comidas, no es saludable —me dijo Irene, que había aparecido a la puerta de la biblioteca meneando su pelo leonado con algunos



cabellos blancos, cortado en casquete por debajo de las orejas a la última moda norteamericana.

Alcé hacia ella una mirada distante. Desde el día en que la había abrazado, cuando, tras nuestro regreso de Danzig, le había susurrado «te quiero» y había tenido la esperanza de olvidar la muerte de Anastasia, las cosas se habían vuelto más complicadas entre nosotras. Apenas hablábamos y nos evitábamos adrede por temor a tropezarnos por casualidad y sorprendernos sin preparar para aquella cercanía que hasta hacía poco tiempo había sido el tejido mismo de nuestra existencia. Yo solo tenía siete años cuando había desembarcado en Estados Unidos, en Ellis Island, la isla de los emigrantes, e Irene había ido a recogerme y me había prometido que siempre me tendría con ella. Yo había agarrado la mano que me tendía y la había apretado con confianza. Aquella mujer de ojos verdes y mirada aguda me había conquistado inmediatamente y me había sentido segura con ella. Ahora, sin embargo, era como si aquella sensación se hubiese esfumado. Éramos dos extrañas que no conseguían reconocerse ni reencontrarse.

Irene me acompañó al comedor, donde nos esperaban Sherlock y Arsène. Holmes parecía estar cada vez más delgado,




con el resultado de que su notable estatura parecía acentuada de una manera casi grotesca, y su mirada era la de quien tiene el pensamiento muy lejos. Arsène sonreía, como siempre, y su mata de pelo entrecano estaba iluminada por la luz que entraba por la ventana, que creaba una aureola alrededor de su cabeza. Aquella imagen hizo mella por un momento en mi tristeza y casi me eché a reír irónicamente; el aire angelical de aquel gentilhombre, nada joven, ya escondía al ladrón más grande de todos los tiempos.

—Buenos días, queridas, se me ha ocurrido comprar algo en la pastelería francesa del señor Bernier, el único lugar donde nosotros, los pobres exiliados, podemos consolar nuestros exigentes paladares —dijo Arsène con una sonrisa de canalla, señalando una bandejita de *petits fours* que destacaba invitante al lado del menos atrayente desayuno preparado por nuestra cocinera, Mary Cavanagh. Mary era excepcional en la cocina, pero tenía un talón de Aquiles: los dulces. Sus panecillos parecían de piedra, sus galletas tenían la textura del serrín. Se las arreglaba mucho mejor con los huevos y la panceta, pero yo no tenía el estómago hecho para ciertos desayunos a la inglesa; prefería cruasanes y chocolate caliente.



Por un momento retorné a la infancia y sonreí. Arsène conocía mi pasión por los dulces y aquel pequeño gesto me caldeó el corazón. También en la corte del zar era muy apreciada la repostería francesa, por lo que en Gátchina, en las comidas importantes, los *petits fours* tenían siempre un enorme éxito. Una vez Asia se había colado en la cocina para saborear uno... La sonrisa se apagó en mis labios y, para consolarme, me metí un pastel en la boca. Sabía a limón y almendra, y era realmente exquisito, pero ni todo el azúcar del mundo habría sido bastante para hacerme sentir mejor en aquel momento. Las lágrimas asomaron a mis ojos y me apresuré a beber un sorbo de té para esconderme detrás de la taza. Irene se dio cuenta y me miró preocupada, mientras que Sherlock parecía demasiado absorto en sus pensamientos para percatarse de lo que ocurría a su alrededor. Arsène cargó con todo el peso de la conversión en la mesa y contó anécdotas graciosas y curiosidades de sus recientes exploraciones londinenses. Llevaba décadas ausente de la ciudad y todo parecía intrigarlo y entusiasmarlo. Yo traté de concentrarme en sus palabras, pero el hecho de estar en el salón no me facilitaba el olvidar los últimos acontecimientos. Precisamente en aquella estancia



me había atacado el sicario del mariscal Kinzhal, el hombre que había matado a Asia para robarle la llave y el misterioso papel que mi hermanastra me había entregado, papel que contenía un simple número: 734.090. Había conseguido memorizarlo antes de dárselo al sicario y había sustituido la llave por otra, quedándome yo con la buena. Pero el hombre se había dado cuenta más tarde y había venido a reclamarla precisamente allí; solo la intervención de Sherlock me había salvado de acabar mal.

—He sabido que el sicario se niega a hablar —dijo Sherlock de buenas a primeras. Así que quizá no solo me estuviera observando, ¡sino que por mis miradas inquietas había deducido lo que estaba pensando!

—Ya no tenemos que preocuparnos por él —zanjó Irene—. Tu hermano Mycroft nos ha asegurado que nunca saldrá de las cárceles de Su Majestad.

Sherlock resopló.

—Detesto que mi hermano me haga favores, nunca se sabe qué pedirá a cambio.

—Tiempos desesperados requieren medidas desesperadas —susurró Irene, y se levantó de pronto.



También Sherlock se puso en pie, como si no viera la hora de que alguien rompiera filas para poder volver a encerrarse en sus habitaciones. Billy, quizá en una tentativa de hacerme sonreír, me había confiado que Sherlock había puesto completamente patas arriba el ala este de la casa, en la cual se había instalado y a la que había llevado toda una serie de extraños instrumentos. «¡Y juega a los dardos contra la pared!», me había musitado con cara de conspirador.

Fue el propio Billy quien interrumpió el flujo de mis pensamientos en aquel momento al anunciar solemnemente:

—¡Ha llegado una voluminosa entrega para el señor Holmes!